

ron pasados á cuchillo: porque los *medos*, sus vencedores, como dijo Isaías, *no iban en busca de oro ni de plata*, sino á saciar su venganza y aplacar su odio destruyendo á un pueblo cruel, cuyo orgullo habia concitado contra sí la enemistad de todos los pueblos del mundo. *Sucedíanse sin interrupcion los correos que llegaban á anunciar al rey uno tras otro que el enemigo entraba en la ciudad*: tambien lo habia predicho esto Jeremías. Sus astrólogos, en quien élla creia y quienes la prometian un imperio eterno, *no pudieron salvarla de su vencedor*. De común acuerdo anunciaron esto mismo Isaías y Jeremías. En aquella horrible carnicería solo escaparon los judíos, advertidos ya muy de antemano, del filo de la espada de los vencedores. Enseñoreado Ciro por esta conquista de todo el Oriente, reconoció en aquel pueblo tantas veces vencido un no se qué de divino. Enagenado y satisfecho de los oráculos que habian vaticinado sus victorias, confiesa que debe su imperio *al Dios del cielo* á quien los judíos servian, y señala el primer año de su reinado para el restablecimiento de su templo y de su pueblo.

CAPÍTULO VII.

*De la diversidad de los juicios de Dios.
Juicio de rigor sobre Babilonia: juicio
de misericordia sobre Jerusalem.*

¿Quién puede dejar de admirar aquí la providencia divina, tan manifestamente declarada en los judíos y en los caldeos, en Jerusalem y en Babilonia? Dios quiere castigarlas á las dos; y para que no se ignore que es él quien lo hace, plúgole el declararlo por cien profecías. Jerusalem y Babilonia, las dos amenazadas al mismo tiempo y por los mismos profetas, caen una tras otra al tiempo señalado. Pero Dios descubre aquí el gran secreto de los dos castigos de que se sirve: un castigo de severidad contra los caldeos, y un paternal castigo contra los judíos, que son sus hijos predilectos. El orgullo de los caldeos (que era el caracter de la nacion y el espíritu de todo este imperio) fue humillado para siempre. *El soberbio ha caido y no se volverá á levantar*, decia Jeremías; y antes que éste dijo Isaías: *la gloriosa Babilonia, con que se envanecian los insolentes caldeos ha perecido como Sodoma y Gomorra*. No sucedió así con los judíos: Dios les castigó como á unos hijos desobedientes á quienes queria hacer volver á entrar en la senda de su deber por medio de la correccion; y despues movido de sus lágrimas olvidóse de las ofensas que

le hicieran: "no temas, ó Jacob, dijo el Señor, porque yo estoy contigo. Te castigaré con justicia, y no te perdonaré como si hubieses sido inocente, pero tampoco te destruiré como destruiré á las naciones entre las que te he dispersado." Es por lo que Babilonia, quitada para siempre á los caldeos, fue entregada á otro pueblo; y Jerusalem, restablecida por una maravillosa mudanza, volvió á ver venir á sus hijos de todas partes.

CAPÍTULO VIII.

Del regreso del pueblo bajo Zorababel, Esdras y Nehemías.

Zorababel, de la tribu de Judá y de la estirpe de los reyes, fue quien condujo al pueblo de vuelta de su cautividad. Los de Judá acudieron en tropel y ocuparon todo el pais. Las diez tribus dispersadas se perdieron entre los gentiles á escepcion de los que, bajo el nombre de Judá, y reunidos á sus estandartes, volvieron á entrar en la tierra de sus padres.

Sin embargo erigese el altar nuevamente; reedificase el templo, y levántanse los muros de Jerusalem. Las rivalidades y los celos de los pueblos vecinos fueron reprimidos por los reyes de Persia, que se declararon protectores del pueblo de Dios. El pontífice volvió á entrar en el ejercicio de sus funciones con los demas sacerdotes que probaron su legitimidad y descendencia por los registros públicos: los que no pudieron presentar estas pruebas no fueron admitidos. Esdras, sacerdote y doctor de la ley, y Nehemías, gobernador, reformaron todos los abusos que se introdujeran durante la transmigracion, é hicieron observar la ley en toda su pureza. El pueblo lloró con ellos las transgresiones que atrajeron sobre él los grandes castigos que habia sufrido, y reconoció que se habian verificado las predicciones de Moises. To-

dos juntos leen en los libros sagrados las amenazas del hombre de Dios, y ven su cumplimiento: el oráculo de Jeremías, y su regreso, tan prometido despues de los setenta años de cautiverio, les admira y les consuela: adoran los justos juicios de Dios, y, reconciliados con él, viven en paz.

CAPÍTULO IX.

De como Dios, dispuesto á hacer cesar las profecías, derrama mas abundantemente que nunca sus luces.

Dios, que lo hace todo con tiempo y medida, eligió aquel para hacer cesar las vías extraordinarias de que se valiera para instruir á su pueblo, es decir, las profecías, considerándole ya bastante instruido. Todavía faltaban cerca de quinientos años para que el Mesías llegase. Concedió pues Dios á la magestad de su Hijo la gracia de imponer silencio á los profetas durante todo aquel tiempo para tener en espectacion á su pueblo, de aquel que debia ser el fin y cumplimiento de todos sus oráculos. Pero al acercarse el término de aquellos tiempos en que Dios habia resuelto poner fin á las profecías, parecia que queria 'derramar todas sus luces y descubrir todos los consejos de su providencia segun lo claramente que expresó los secretos de los tiempos futuros.

Durante la transmigracion, y señaladamente hácia el tiempo en que iba á terminar, Daniel, reverenciado por su piedad hasta por los reyes infieles, y empleado por su prudencia en los mas grandes negocios de su estado, vió por orden y en diversas veces, y bajo diferentes figuras, cuatro monarquías bajo las cuales debian vivir los israelitas, señaladas todas con

los propios caracteres. Vese pasar como un torrente el imperio de un rey de los griegos, que era el de Alejandro: á su caída vese establecer otro imperio menor que el suyo, y debilitado por sus divisiones, que es el de sus sucesores, entre los cuales se hallan los cuatro designados en la profecía: cuales son visiblemente Antipatro, Seleuco, Tolomeo y Antígono. Es una cosa constante por la historia que éstos fueron mas poderosos que los otros, y los únicos cuyo poder ha sido transmitido á sus hijos. Vense sus guerras, sus rivalidades y sus mentidas alianzas; la dureza y la ambicion de los reyes de Siria; el orgullo y las demas señales que designan á Antioco el Ilustre, implacable enemigo del pueblo de Dios, la brevedad de su reinado, y el pronto y ejecutivo castigo de sus escesos. Por último vese nacer hácia el fin, y como en el seno de estas monarquías, el reinado del *Hijo del hombre*; por este nombre reconocereis á Jesucristo; pero el reinado del Hijo del hombre es tambien llamado el reinado de *los santos del Altísimo*. Todos los pueblos están sometidos á este grande y pacífico reino: la eternidad le fué prometida, y debe ser el único cuyo poder no pasará á otro imperio.

Cuándo ha de llegar aquel Hijo del hombre, y aquel Cristo tan deseado, y cómo ha de llenar la mision que se le ha confiado, es decir, la redencion del género humano, Dios se

lo descubre manifiestamente á Daniel. Mientras que él se hallaba ocupado de la cautividad de su pueblo en Babilonia y de los setenta años, á los cuales Dios habia querido limitarla en medio de los votos que hace por la libertad de sus hermanos, se ve de repente elevado á contemplar misterios mas altos. Ve otro número de años y otra libertad mucho mas importante. En vez de los setenta años predichos por Jeremías, ve setenta semanas, que han de empezar á contarse desde la promulgacion del edicto dado por Artaxerxes Longimano en el vigésimo año de su reinado para reedificar la ciudad de Jerusalem. En dicha profecía está señalada en términos precisos hácia el fin de dichas semanas *la remision de los pecados, el reinado sempiterno de la justicia, el entero cumplimiento de las profecias, y la uncion del Santo de los santos*. El Cristo debe cumplir su mision y aparecer como *conductor* del pueblo *despues de sesenta y nueve semanas. Despues de sesenta y nueve semanas* (porque el profeta tambien lo repite) *el Cristo debe ser condenado á muerte: debe morir de muerte violenta; y es menester que sea inmolado para que tengan cumplimiento los misterios*. Entre las semanas es señalada una, que es la última y la septuagésima: es aquella en que el Cristo será inmolado, en que *la alianza será confirmada y en cuya mitad la hostia y los sa-*

crificios serán abolidos, sin duda, por la muerte de Cristo; porque fue despues de la muerte de Cristo cuando fue señalada esta variacion. *Despues de esta muerte del Cristo y de la abolicion de los sacrificios* no se ve mas que horror y confusion: vese *la ruina de la ciudad santa y del santuario; un pueblo y un capitan que vienen á asolarlo todo; la abominacion en el templo; la última é irremediable desolacion* del pueblo ingrato hácia su Salvador.

Hemos visto que estas semanas reducidas á semanas de años, segun el uso de la Escritura, forman cuatrocientos noventa años, y nos conducen precisamente desde el vigésimo año de Artaxerxes á la última semana; semana fecunda en misterios, en la que Jesucristo inmolado pone fin con su muerte á los sacrificios de la ley, realizando el cumplimiento de lo que figuraban. Los doctos hacen diferentes cómputos para que coincidan todos los sucesos con precision. El cómputo que yo os he propuesto no presenta dificultad: porque lejos de oscurecer la historia de los reyes de Persia, la esclarece, sin embargo de que nada sorprendente sería aun cuando se encontrase alguna incertidumbre en las fechas de estos príncipes; y los pocos años sobre que podria recaer la disputa, en una cuenta de cuatrocientos noventa años, no harán jamas importante la cuestion.

Pero ¿para qué discurrir mas? Dios ha cortado el nudo de la dificultad, si es que la habia, por una decision que no admite réplica. Un acontecimiento manifiesto hace desaparecer todas las sutilezas de los cronologistas; y la ruina total de los judíos, que siguióse tan de cerca á la muerte de nuestro Señor, hace entender á los mas torpes el cumplimiento de la profecía.

No queda mas que hacerlos observar una circunstancia. Daniel nos descubre un nuevo misterio. El oráculo de Jacob nos habia ya hecho conocer que el reino de Judá debia cesar á la venida del Mesías: pero no nos decia que su muerte seria la causa de su caida. Dios reveló este importante secreto á Daniel, y le declaró que la ruina de los judíos seria la consecuencia de la muerte del Cristo y de haberle desconocido. Observad bien este pasaje: los acontecimientos que van á suceder os servirán de justificacion y serán su mejor comentario.